

## 1. Sobre el gato y su superioridad sobre el hombre, a quien domesticó

Los latinos nos llamaban *felēs*, de la raíz «fé», que entre otros vocablos ha dado fecundo, fémica, felicidad, felicitación, fero y felación. Pero, extraña coincidencia que da buen testimonio de nuestra universalidad, en nubo se nos llamó *kadista*, en siríaco *qatto*, en árabe *qatt*, en griego *kattos*, en bajo latín *cattus*, y en las lenguas modernas, *gatto*, *gato*, *cat*, *Katze*, *kac*, *chat*.

El hecho de que a veces hayamos sido divinizados y a veces satanizados, según las épocas y los lugares, se explica por los celos que suscitaban nuestros excepcionales sentidos comparados con los del hombre, mamífero dotado de cierta inteligencia pero bastante mediocre desde el punto de vista sensorial. Nuestros ojos tienen un campo de visión de 287 grados, lo que unido a la movilidad de nuestra cabeza nos permite explorar todo el horizonte y detectar al enemigo potencial. Por la noche, al amplificar cincuenta veces el menor resplandor, nuestra visión permanece alerta, salvo en la oscuridad total, lo cual es raro. Nuestro oído percibe vibraciones que escapan a la audición humana. La base muy extensa de nuestro epitelio olfativo nos da tal sensibilidad a los olores que la costumbre de dormir sobre la ropa de las personas que amamos no

procede de la búsqueda de la comodidad sino de la nostalgia de su presencia. Nuestro pequeño hueso del pene nos evita los gatillazos, tan humillantes para los humanos. Estudiando el funcionamiento de nuestros bigotes los hombres inventaron el radar. Nos lamemos sin cesar preocupados por nuestra limpieza y para absorber el *sebum*, fina película rica en vitaminas que recubre nuestra piel. Los hombres han puesto a punto sus ordenadores para intentar contabilizar el número de nuestros pelos, sin por ello lograrlo (tenemos alrededor de doscientos por milímetro cuadrado). Esas gracias de la Naturaleza tienen algunos inconvenientes. Por no tomar más que un ejemplo, nuestro fino olfato nos obliga a sufrir los olores de sobacos húmedos, los prepucios mal lavados, los efluvios agrios de las indisposiciones mensuales, y lo más penoso de todo, el «perfume» de los desodorantes. En lo referente a nuestra musculatura, es tan superior a la del hombre que nos retiramos al ver en la pequeña pantalla a esos presuntos atletas que tienen que recurrir a una pértiga flexible para saltar, resoplando, menos de tres veces su altura. (Es verdad que sobre este punto nos ganan las pulgas, que con un solo salto se elevan a 273 veces su altura y salvan 194 veces su longitud). Somos capaces de emitir unos cincuenta fonemas, pero el oído humano, inválido, sólo percibe el maullido y el ronroneo. Cualquier cambio nos molesta (somos conservadores y políticamente nos situamos a la derecha), y controlamos perfectamente nuestro sistema nervioso, pudiendo permanecer inmóviles durante horas, delante del agujero por el que va a salir nuestro desayuno. Enrollados en la cesta de mimbre, tumbados cerca de la estufa, estridados sobre una estantería (el calor sube y allí están los libros), con los ojos cerrados, muy cerrados gracias a nuestro tercer párpado, parece que dormimos, pero reflexionamos. El saber se basa en el conocimiento y en la creencia de falsas certidumbres. Escuchando lo que se dice o se

murmura, adivinando lo que se calla y no se dice, emboscando nuestra vigilancia bajo la máscara del sueño, observamos a los hombres en silencio desde hace tres mil años. El hombre es un mamífero completamente desprovisto del sentido de la orientación. Sol, estrella polar, brújula, portulanos, mapas, informática, todo se movilizaba para permitirle encontrar su camino. Cada verano, prensa y televisión hablan de algún gato que, descontento del lugar de vacaciones al que sus familiares le han llevado, regresa a la residencia principal donde le encuentran inmóvil, estoico, despreciativo, divertido, en el umbral de la puerta. Jean Henri Fabre regaló uno de los nuestros al doctor Lortol, un amigo suyo, médico, a quien sabía que le gustaban los gatos, y se lo llevó en un cesto bien cerrado. Después volvió a su domicilio situado a siete kilómetros de Aviñón, la ciudad donde tenía consulta el doctor. Apenas se había sentado a la mesa cuando vio saltar por la ventana «una masa chorreando agua. Aquel paquete informe vino a frotarse contra sus piernas ronroneando. Había realizado el trayecto en algunos minutos, cruzando todo Aviñón y salvando el río Sorgue a nado». Una niña que estaba presente en aquella cena se asombró al oír ronronear al gato y dijo: «Señor, el gato está hirviendo».

Los sabios polemizan sobre nuestro origen. Según la escuela judeo-cristiana, la leona, que se aburría en el arca de Noé, aceptó el homenaje de un gran mono y se vio encinta. El león, celoso como un hombre, decidió matar a la esposa infiel. Noé, a quien el Creador había encomendado la pesada tarea de salvar todas las especies, se interpuso, envió al mono con su mona y negoció el caso con el Eterno, que se mostró comprensivo: la leona adltera dio a luz dos felinos tan pequeños que no se les podía confundir con cachorros de león. Según la escuela árabe, el primer gato nació en el arca de Noé del estornudo del perezoso león, a quien Noé dio un sopapo por su indiferencia hacia

la devastación de las ratas. Según la escuela griega, Apolo había creado al león para asustar a su hermana Artemisa, y ésta, para ridiculizarle, creó al gato. Es inútil decir que todas esas historias no son más que tonterías, y que el origen del gato es tan misterioso como el del hombre, y que todo eso no lo he contado más que para entretener al lector.

Entretentimiento necesario, porque ahora deseo abordar el controvertido problema de nuestra inteligencia. Aristóteles nos la niega, reservando su monopolio a los hombres. Tontería evidente, pero menos enorme que la afirmación de Descartes que sólo veía en nosotros una suerte de máquinas, autómatas que se limitaban a reaccionar a las provocaciones del exterior. Ahora bien, los animales no pueden ser simples máquinas, y he aquí la prueba. Dios (me sitúo en las categorías de este autor) nos ha hecho precisamente los mismos órganos de los sentimientos que los hombres. Si los animales no los utilizan, ni sienten ni sufren (lo que es negar la evidencia) Dios habría creado una obra inútil. Ahora bien, Dios, según el propio testimonio de los que creen en Él por haberlo fabricado o por cualquier otra razón, no hace nada en vano. Por lo tanto no puede haber fabricado órganos de los sentimientos para quien no tuviera sentimientos, y por lo tanto no somos puras máquinas. En cuanto a la inteligencia de los hombres, yo, que los veo como insectos devorándose sobre un átomo de barro, tendría muchas cosas que decir: ¿Cuál es la «inteligencia» en esta sociedad—en todas esas sociedades— donde un gran número siembra, un pequeño número cosecha, donde cada hombre aspira a un puesto de lacayo y a una reputación de gran hombre? ¿Cuál es la «inteligencia» en un mundo en que cada ciudad desea la ruina de la ciudad vecina, donde no hay familia que no quiera exterminar a otra familia; donde los débiles odian a los poderosos delante de los que reptan y donde los poderosos los tratan como a rebaños cuya lana

y carne se vende; donde cada vez que el rey otorga una plaza vacante crea cien descontentos y un ingrato; donde cada hombre, desde el amanecer, debe decirse a sí mismo: «Encontraré a un indiscreto, a un insolente, a un astuto, a un envidioso y a un egoísta»?

Celosos de nuestra superioridad los hombres se han vengado inventando proverbios con mala intención, pero el uso y el abuso los ha convertido en catacresis, y quien dice que tiene un gato en la garganta no piensa nada malo contra nosotros. Para rebajarnos, los devotos y beatos han hecho de nosotros un emblema sexual: en el siglo XVI el gato (*chat*) designa el sexo de la mujer por una desgraciada homonimia con el chas, el agujero de una aguja de enhebrar (en aquella época se deja de pronunciar la consonante final). De ahí en adelante se derrama sobre nosotros lo líquido del alma humana: la joven virgen que se entrega «deja que el gato vaya al queso», y se denomina *chatouille* al clitoris que el diccionario Perit Robert dirigiéndose a los escolares define pídicamente como «pequeño órgano eréctil de la vulva». No es oportuno proseguir por este camino.

Vuelvo a Descartes y para refutarle contaré una anécdota que no redundará en bien de nuestro honor felino. Por supuesto el lamentable héroe es Aménofis IV. No se trata de la inteligencia de un gato sino de la de un pinzón que picoteaba delante de la casa de campo de Édouard donde pasábamos el verano. Aménofis IV lo vio, y su instinto de cazador le incitó a comérselo. Dio un salto, el pájaro voló para posarse unos metros más allá, y la historia se repitió de modo que es inútil reiterarla. Despechado, mi hermano abandonó la persecución. «Eres un necio», le dije, «el pinzón protegía su nido atrayendo tu atención. A los que había que buscar era a las crías—muy temas—y no a su madre. Ha salvado a sus pajaritos y te ha ridiculizado. Cuando los hombres dicen de alguien que tiene un «cerebro de pájaro» ignoran que su cabeza oculta a veces

tanta inteligencia como la de un gato y, en tu caso, más». Aménofis IV se fue, solo, por los húmedos caminos de los bosques, bajo los árboles, por los tejados, agitando la cola, completamente solo. Con eso basta para los animales-máquinas de Descartes.

Y todavía no he terminado con el *Discurso del mérito*. Quisiera contar una anécdota relativa a un perro — a una perra, más bien — porque la presunta hostilidad entre perros y gatos es una invención humana (dividir para reinar, ahora y siempre). ¿Quién no se ha emocionado alguna vez con el espectáculo de unos gatitos dormitando entre las patas de un enorme perrazo protector? Artemisa es una perrita negra con la que me cruzo de vez en cuando, aquí o allá. Su amo (el término es apropiado tratándose de esa raza), amigo de los animales, era propietario de tres perros, cuatro perras, siete gatos, dos erizos, un conejo y una urraca. Al no poder conservar a la pequeña Artemisa, la última de una camada, y no teniendo ni el valor ni la crueldad de matarla, la dejó «olvidada» en casa de unos clientes a los que suministraba leña (era su profesión). Conmovidos por la mirada implorante de Artemisa, M. y Mme. Beautout la adoptaron.

Él era inspector de pesos y medidas — no hay por qué echarse a llorar por ello — y ella era maestra. Ella estaba de excedencia para poder ocuparse mejor de sus dos hijos, cuya salud era frágil, aunque no dejaban de ser unos muchachos guapos. Artemisa vivió tres años de felicidad perfecta, acariciada por M. Beautout, mimada por Mme. Beautout, hostigada por Jacques, el hijo mayor, paseándose por el monte con Jean-Max, que pintaba el paisaje a la acuarela a todo lo largo del día. No existía en ninguna parte perrita más fiel, discreta, limpia y afectuosa que Artemisa.

Jacques y Jean-Max, de punta en blanco, se fueron al instituto de la ciudad más cercana y Mme. Beautout, volviendo a su actividad de maestra, se instaló en el aparta-

mento escolar de un pueblecito, un alojamiento exiguo que a Artemisa no le gustó. Era una de esas escuelas de las que ya quedan pocas, donde se reunían niños de cinco a catorce años en una clase única. Mme. Beautout, muy concienzuda, dedicada enteramente a sus alumnos, descuidó algo a Artemisa. Ésta lo soportó con paciencia, pero salvo durante las vacaciones escolares (son largas) su vida ya no fue la misma. Los hijos estraban lejos, M. Beautout viajaba constantemente y Mme. Beautout sólo concedía unas pocas caricias a la perrita desamparada la tarde de los jueves y los domingos. Al sentirse y creerse abandonada decidió vengarse. Mordió las pantorrillas de los niños en el patio de recreo. Los padres se quejaron. Se la encerró durante el día. Aprovechando su libertad nocturna depositó un pequeño excremento en cada uno de los pupitres de los catorce alumnos de la escuela. Se la encerró durante la noche.

Un día cualquiera, eludiendo toda vigilancia, se escapó, atrapó una gallina, volvió a la escuela, estranguló a la gallina delante de toda la clase horripilada, esparciendo las plumas de la víctima por la sala. Quejas de los padres — sobre todo del padre propietario de la gallina —. Por primera vez en su vida Artemisa recibió unos zurriagazos. No lo perdonó.

En las informaciones de las ocho, el locutor presenta el siguiente suceso con voz neutra: «El agente de policía hirió mortalmente a un hombre de piel oscura. La víctima fue condenada a muerte a título póstumo».

Logrando escaparse una vez más mientras los niños jugaban en el patio a la toba en alto, ¿qué vieron? Artemis, seguida por los cuatro perros más grandes del pueblo, a todo ladrar y enseñando los dientes, se precipitaban sobre ellos, evitando sin embargo morderles.

Era demasiado. Mme. Beautout, desgarrada interiormente pero razonable, regaló Artemisa a una pareja de ju-

bilados, ancianos apacibles que, como se aburrían un poco en el pueblo de al lado, deseaban la compañía de un perro. Al llegar a su nueva residencia, Artemisa recorrió el lugar, se instaló en el cojín especialmente preparado para ella y no concedió ni una mirada a Mime. Beautout. Nunca intentó regresar a la casa en la que había sido humillada.

Algunos meses más tarde sus nuevos amos fueron de visita a casa de M. y Mme. Beaumont. Artemisa les acompañaba. Su antigua ama la vio y se dirigió hacia ella pronunciando su nombre con infinita ternura. Artemisa avanzó unos pasos hacia Mime. Beautout, la miró, orinó y le volvió el trasero para dirigirse a los pies de la jubilada. Allí, se puso a mover la cola con insolencia. ¡Ahí va eso para el autor de las *Normas para dirigir el espíritu!* Y que no se queje, pues le evito oír la historia de aquella araña que se afanaba en su tela cuando el dueño de la casa se ponía a tocar el violín.

## 2. El hombre como mamífero bipedo poco agraciado por la Naturaleza

Es difícil imaginar un ser más ridículo que esa miserable y frágil criatura, incapaz de dominarse, expuesta a todas las agresiones, que se llama a sí misma dueña y señora del universo cuando en realidad no es capaz ni de comprenderlo ni de dominarlo. ¿Qué clase de quimera es el hombre? ¡Qué novedad, qué monstruo, qué caos, qué tema de contradicciones! Esa lombriz estúpida, hinchada de vanidad, se proclama juez de todas las cosas, depositario de la Verdad, cuando en realidad no es más que una cloaca de incertidumbres y un profesor de sandeces. ¿Es digno del amor del gato? ¿Es justo que lo desee?

¿Qué es el hombre en la Naturaleza? Nada comparado con el infinito, todo comparado con la nada, un punto mediado entre la nada y el todo. Infinitamente alejado de la posibilidad de comprender los extremos, la finalidad de las cosas y sus principios permanecen invenciblemente ocultos para él en un secreto impenetrable. Tan incapaz es el hombre de comprender la nada de la que procede como el infinito en el que se encuentra inmerso. Cree ver la prueba de su presunta superioridad en el dominio que impone a ciertos animales. ¿Pero no ha dominado también a su semejante, llamándole esclavo, siervo, proletario, mu-

chacha para todo —¿todo?— ¿Y no sucede también que en sus relaciones con el gato el domesticado sea él y nosotros los señores? «Cuando juego con mi gata», decía Montaigne, «¿quién sabe si no es ella la que mata su tiempo conmigo y no yo con ella?».

Los hombres fabrican palabras polisémicas y multivocas con algunos signos (alrededor de veinticinco) que escriben y pronuncian con la intención de comunicar. Intercambian opiniones pero ¿no es intercambiar dar para recibir y no descifrar el contenido? A pesar de lo enseñado por Michel Foucault, insisten en tomar las palabras por cosas, y sin embargo la palabra perro no ladra. Hablan, sí, pero el que escucha raramente oye lo que dice el hablante. El hombre dice a su mujer: «Te quiero». La única respuesta razonable sería una pregunta: «¿Qué quieres decir con eso? ¿Se trata de un deseo? ¿Se trata de la voluntad de hacer un crío? ¿Se trata del deseo de pasar tu vida conmigo? ¿De hacerte subrepticamente con mi patrimonio?». No se sabe.

En lo que se refiere a la cuestión esencial —¿de dónde venimos? ¿quiénes somos? ¿adónde vamos?—, es decir, la doble incompreensión del origen del mundo y de su finalidad, gatos y hombres nos encontramos dentro del mismo saco de ignorancia. Algunos imaginan que un Ser eterno, todopoderoso, omnisciente, creó a Adán y a Eva, concediéndoles cierto margen de acción, y por lo tanto la posibilidad de desobedecer. La humanidad procedería por lo tanto de una aventura de esa pareja y del necesario incesto de sus descendientes. Numerosos sabios —y no de los menores— ponen en duda un origen tan sencillo, y hablan de lentas mutaciones que habrían conducido a la raza humana de los reptiles a los gaulistas y mitterrandistas. En cuanto a la finalidad del asunto —el sentido o el sinsentido de la historia— las opiniones son divergentes. Para algunos, La Ciudad de Dios ganará por puntos a la

Ciudad de Sarán, el Bien ganará al Mal. Para otros, el Apocalipsis, anunciado en un texto muy antiguo, es inminente: sea brutal, bajo la forma de explosión atómica, sea progresivo: el apetito consumidor de los pudientes generará un proceso de entropía; la desaparición de la capa de ozono hará que sea cancerígeno cada rayo del sol y la humanidad entera desaparecerá en medio de los sufrimientos conjuntos de la hoguera y del cáncer.

Amenofis IV ha hecho una nueva tontería. Se ha topado con una lámpara que ha ido a parar al suelo. Édouard se ha encogido de hombros. Simplemente ha dicho: «El mundo es cambio; la vida, sustitución».

Quedémonos sobre este planeta, puesto que todavía existe, e intentemos decir lo que los hombres piensan de él. Los filósofos —ya que de ellos se trata— se dividen en tres escuelas: los que pretenden alcanzar la Verdad (desgraciadamente son muy numerosos); los que mantienen que tal aspiración es imposible; y finalmente los que rehúsan pronunciarse, los escépticos. Nosotros los gatos somos los más cercanos a estos últimos, y he aquí la razón. Si recibiéramos algo sin que estuviera alterado, si el percibir del hombre fuera lo bastante capaz y firme como para alcanzar la Verdad, debería existir al menos UNA cosa que reuniera el consentimiento universal. Ahora bien, no es ése el caso: en cuanto se avanza una proposición, ésta se ve debatida y controvertida, la fuente sobre la que descansa el juicio humano es una fuente rota. Cualquier hombre honrado —y la verdad es que hay pocos— confesará: «lo que hoy tengo lo creo con todas mis fuerzas; todos mis instrumentos y recursos se aferran a esa opinión... ¿Pero no me ha ocurrido ya, no una vez sino cien, mil, y todos los

días, haberme aferrado a cualquier otra opinión con la ayuda de esas mismas impresiones y en esas mismas condiciones, opinión que después he tenido por... falsa?». La inconstancia de las opiniones y de los gustos de los hombres agarran al concepto de «razón», instrumento de plomo y quier sesgo y a cualquier medida. Pienso que a los sentidos que los hombres reconocen —vista, oído, olfato, gusto y tacto— se debería añadir un sexto que los cinco poseen y los hombres no: el sentido de la realidad. A falta de este sexto sentido, el verdadero rostro de las cosas permanece velado.

La prueba es que confunden sin cesar sus sueños con la realidad. Durante el sueño permanecen en vigilia y durante la vigilia duermen. Puede que suceda que el sueño, en su profundidad, duerma a los sueños; ¿pero cómo saber, si su pensamiento, su acción, no es otro sueño, y cómo saber que su vigilia no es otra forma de dormir?

Por lo tanto los hombres son incapaces de discernir la verdad de la ilusión ya que sus cinco sentidos no les permiten apropiarse más que de las apariencias, y para juzgar éstas necesitarían un instrumento de juicio; para juzgar ese instrumento necesitarían una demostración; para verificar así esa demostración, necesitarían un instrumento; y así sucesivamente. Como los sentidos no pueden solventar la disputa porque están cargados de incertidumbre, se necesitaría la intervención de la razón, pero como ella misma es una producción de los sentidos, se escapan de ese círculo tan vicioso.

Entonces, se revuelcan en sus males: la inconstancia, la falta de resolución, la incertidumbre, el luto, la superstición sobre las cosas por venir, la ambición, la avaricia, los celos, la envidia, los apetitos desordenados, enloquecidos, indomables, las guerras, la mentira, la deslealtad, la detrac-

ción y la curiosidad. Y fabrican un Dios a su imagen y creyendo que honran a quien les ha hecho, honran a quienes ellos mismos han hecho.

En ese desconcierto, ¿qué otra cosa puede hacer el hombre sino agitarse? Le falta vida cuando está sin agitarse tumultuosamente. No busca las labores si no es para verse atareado. Su espíritu aspira a mecerse en el reposo como los niños en la cuna. Esas ocupaciones vanas son para cierta gente, una marca de suficiencia y de dignidad. Al tomar por esencial su papel, que no es más que una superficie recubriendo el vacío de su yo, acaban por confundir su máscara y su rostro. Entonces se transforman y se transustancian en otros tantos nuevos seres que a su vez se hacen cargo de su papel. Es prudente prestarse a los demás y no entregarse más que a uno mismo. Pero muchos ni se dan ni se prestan, tan encogidos en su pequeñez que la vida pasa por encima de ellos sin rozarlos.

Se me objetará que existen hombres buenos y ¿por qué Rousseau no tendría razón contra Hobbes? Sobre ese punto la opinión de los gatos está tomada: el hombre nace malo, todas las religiones lo reconocen, y para intentar poner un poco de orden en el caos original y limitar los destrozos inculcan el sentimiento de culpabilidad, dejándole entrever —¿o esperar?— una resurrección en la que la bondad —la verdadera— al fin se vería premiada. En el lenguaje humano la palabra «bondad» designa el comportamiento de aquel que en vez de asesinar a su prójimo, violarle, halagarle o robarle le proporciona oídos y compasión, perdón de las ofensas y entrega al pobre la totalidad de su abrigo y no la mitad, como lo hizo san Martín, un tanto tacaño. Pero algunos sólo practican la bondad para obtener el agradecimiento, si no es la sumisión; para hacerse valer y ser reconocidos como buenos; para pensar los pequeños remordimientos suscitados por todas las villanías comedidas con una extremada discreción;

para ser remunerados, capital más interés, aquí o en la eternidad.

Logrando estar libre una noche entre su regreso de Estados Unidos y su viaje a Australia, Emma consagró su tiempo a Édouard. Creí entender que juega un papel importante en una firma igualmente importante que trata de persuadir a las mujeres importantes que es importante utilizar ciertos productos de belleza, especialmente la crema antiarrugas que retrasaría los desastres del tiempo. Emma no cree en ello en absoluto, cínicamente, y afirma que la mejor manera de ganar dinero es explotando la estupidez ajena, campo de cultivo a la escala de los desiertos australianos. Es alta y rubia, y para ir a buscar a Nefertiti espero el momento en que suijan sus pechos voluminosos pero firmes cuando se quite el sujetador —¿durante cuanto tiempo?—, lo que no deja de surtir su efecto sobre el capital de Édouard.

Este, tímido, torpe, desmañado, le preguntó aquella noche las razones de la importancia que parece otorgarle, porque a pesar de sus incasantes viajes y de su vida mundana —a veces ocurre que ella acepte dos cenas el mismo día, dejando la primera cuando empieza a servirse el plato fuerte para ir a consumirlo a la segunda— no pasa mes, casi semanas, en que no venga a ver a Édouard. Ella se ríe y responde: «Eres el que me lava las tripas». Era una alusión bastante poco delicada a aquella sultana de Bagdad que hizo venir a su lecho a un humilde lavador de tripas, viejo, sucio y feo. A la décima noche de éxtrasis le dio a entender que era la última y el amante —despedido y asqueado— preguntó las razones por las cuales había recibido los favores que ella le había concedido. La sultana respondió más o

menos: «Sorprendí a mi marido, el hombre más guapo de Bagdad, entregando sus favores a la más vieja, más sucia y más fea de mis sirvientas y decidí engañarle con el hombre más feo, más sucio y más pobre de Bagdad». Édouard permanece en silencio. Nunca se enfada. No deja de repetir que la vida le da más de lo que es-pera. Es un sabio o un cobarde.

Pero vuelvo a ese manifiesto bípedo poco agraciado por la naturaleza, ya que es el objeto y el sujeto de este libro. No veo más verdad que esta trivial constatación de Protágoras: «De entre todas las cosas, el hombre es la medida: de las que son porque son; de las que no son porque no lo son». Y pienso con Georgias que nada es; que si algo fuera el hombre no podría conocerlo; que si por un milagro pudiera conocerlo, el lenguaje no lograría expresarlo. Pero el manejo de los fonemas, colocados según cierto orden, sigue siendo para el hombre un gran placer que no está desprovisto ni de eficacia ni de peligro. Todos los *immutatores mundi*, de César a Mao, de Jesús a Jomeini, han hablado o escrito, y eso hizo un ruido terrible. No es por juego ni por azar por lo que Prodicos y Hippias se apasionaron por el lenguaje. Queda que los sofistas han demostrado perfectamente que el fútil Epimeteo, después de haber distribuido facultades y órganos a todas las especies vivas, y en primer lugar a los gatos, se encontró sin reservas cuando se trató de adornar al hombre. Olvidado en el reparto, éste se quedó desnudo, sin calzado, sin abrigo, sin armas. Verdaderamente era el último de la fila. Sin el favor de su hermano Prometeo, que robó el fuego a los dioses para entregárselo a los hombres, la especie humana se hubiera quedado en polvora mojada.

Pero eso no son más que leyendas y cuentos para niños. La filosofía de los cuatro grandes, Protágoras, Georgias,

Prodicos e Hipias me encanta, tanto más cuanto que no la conocemos en absoluto ya que únicamente nos han llegado algunos fragmentos de su pensamiento, y por conducto de sus adversarios que no dejaron de deformarlos para refutarles con mayor facilidad, siendo Platón el que ocupaba el pupitre de jefe de orquesta. Si los sofistas fueron olvidados hasta ese punto, y desacreditados, fue quizá por haber dicho que los dioses probablemente no existen y que si existen, no se toman ningún interés por los hombres; que las religiones no son más que una proyección de los fantasmas humanos; que hay tantas verdades como sociedades, y tantas clases de justicia como tiempos y lugares; que todo orden humano es un desorden institucionalizado; que la nostalgia monista ayuda a vivir y que ésta es su única función; en resumen, que el hombre debe contentarse con el ser del parecer, y discutir interminablemente para matar el tiempo, intentando paliar la negligencia de Epimeteo utilizando el fuego para «progresar» de la edad de piedra a la edad atómica.

Yo diría —sin indulgencia— que el pensamiento humano me parece un poco corto y repetitivo. Si el universo está ordenado, organizado por un principio intelectual e inteligente, presente en todas partes, siempre activo (llámesele Dios o ser supremo), ¿qué lugar queda para la libertad humana? Este lugar plantea un problema. Si el determinismo es total, ¿no se verá el hombre incitado a copiar la pereza del gato? No tenemos la intención de cooperar con el orden —o el desorden— racional —o irracional— del mundo. Los pensadores de ayer dejaban una pequeña área de libertad en un universo concebido como un todo determinante. Filósofos y sabios del fin del segundo milenio intentan conciliar determinismo genético y libre arbitrio. Cuestión de moda. ¿Se nace loco o se llega a loco? ¿Qué fragmento de la personalidad puede ser imputable a lo innato y a lo adquirido? Es discutible. Se polemiza sobre ello pero en el umbral de la muerte cada uno

puede decir: «Cuando pienso que sigo siendo el mismo y sin embargo tan diferente de lo que fui».

No existe una sola cultura en el mundo en la que todo esté permitido. Y se sabe desde hace tiempo que el hombre no comienza con la libertad sino con el límite y la línea de lo infranqueable. El hombre desearía hacerlo todo. No puede porque es débil, y que existen reglas que él ha fijado y transgredido. Desde que leemos los filósofos constatamos que pasaron su vida repitiendo la misma cosa y que murieron sin haber dicho nada. Los hombres han llegado a ser (o al comienzo, eran) murallas el uno para el otro. Uno de ellos confiesa: «Siempre intento comunicar algo que no es comunicable y explicar algo que no es explicable». Todo está dicho porque nada es decible. Pasemos pues al cuerpo del hombre.

Físicamente el hombre (en el sentido de *homo*) es de condición media y sin ninguna prerrogativa ni excelencia verdadera o esencial. Cuando contemplo al hombre desnudo, incluso a su hembra que tiene la reputación de poseer una mayor parte de belleza, observo tantas imperfecciones, que me parece que el hombre tiene más razones que cualquier otro animal de andar cubierto. Sin duda tiene conciencia de ello, diga lo que diga, ya que le gusta engalanarse con los despojos de los animales, mientras que nunca he visto a un león vestirse con la piel de un hombre.

El macho es mucho mayor que un gato. Salvo alrededor de la boca, del ano, en el entorno de las partes genitales, bajo los sobacos, en el pecho y sobre su cabeza, tiene pocos o ningún pelo. Mamífero bastante excepcional en este aspecto, se avergüenza algo de ello y disimula generalmente su piel —de color gamuza, negra o amarilla según los países— bajo algunos vestidos. Se mantiene sobre sus patas traseras y consigue incluso permanecer de pie sobre una sola pata. Sus miembros anteriores poseen una extraordinaria habilidad, capaces de lanzar un balón en

un círculo estrecho, o rectificar un desprendimiento de retina, o tocar el piano. Sus patas posteriores, menos perfeccionadas, ni siquiera le permiten saltar su propia altura, salvo con la ayuda de una pértiga como antes se dijo. Sus pelos son de colores variados: negros, rubios o pelirrojos, pero todos blanquean cuando envejece.

La hembra es más pequeña que el macho. A menudo tiene el pelo largo. Sucede a veces que una cola de caballo llegue hasta su trasero. Sus pechos son firmes y cómodos en su juventud, pero no tardan en desplomarse con la edad y la maternidad hasta alcanzar el nivel de su ombligo. Las hembras jóvenes son las más solicitadas. Los machos prefieren las jóvenes a las de más edad. Una hembra que ya no es fecunda, viviendo con un joven macho, suscita asombro y reprobación, mientras que un macho macho —a veces muy desgastado— acompañado de una hembra joven despierta envidia y admiración.

Sin duda la dificultad de ser obliga al hombre a drogarse continuamente: fuma, toma café, bebe alcohol o agua de Vitrel. Insatisfecho con su cuerpo, el hombre lo viste de manera que pueda enmascarar sus imperfecciones, se perfuma, compensa sus carencias y su debilidad mediante prótesis dentales o mamarias, hace un lifting a su piel de la mejilla o de la frente, tiñe los cabellos que le quedan, en resumen, corrige la obra de la Naturaleza. A medida que crece el progreso técnico los hombres se preocupan de sus cañerías. Antaño, el médico palpaba el vientre, los cojones o los senos. Pronunciaba un diagnóstico superficial, un tanto falso, pero tranquilizador. Hoy se desea saber lo que sucede dentro. La radiografía, la radioscopia, la ecografía, el escáner, la resonancia magnética nuclear, permiten hacer un inventario. ¡Ahí llega la angustia! Los medios de investigación son tan perfeccionados que siempre se descubre algo que funciona mal o no lo suficientemente bien. Se prescribe un tratamiento que desatasca un tubo pero obs-

truye otro. Hay que volver a hacer cola ante las instituciones especializadas en esas exploraciones meticolosas. Y no por ello son los hombres más felices; a pesar de todo se mueren. Porque la muerte siempre está ahí, al cabo del camino, última etapa, la única cierta. Los cuidados no son más que paliativos. No hay paliativo para la muerte. El hombre, mamífero herbívoro y carnívoro a la vez, no ha logrado todavía construir su identidad.

Pero tiene ideas, elabora sistemas, edifica aparatos habitualmente llamados partidos. Al comienzo —y en su base— se reúnen las buenas voluntades, discuten, lanzan controversias, pasan el tiempo, gastan su dinero, sueñan con otra sociedad, otro hombre y a veces —ya menudo?— corren riesgos. Para subir en esas organizaciones piramidales y jerarquizadas, hay que agrandar a quienes ocupan el piso superior; de ahí la necesidad de un conformismo creciente. Las recias personalidades critican, se rebelan, permanecen en la sombra y finalmente se van. Y suben los escalones los que son flexibles, maleables, en resumen los adaptados y adaptables, de manera que quienes se pavonean en la cumbre son generalmente quienes poseen cualidades menores pero eficaces: aptitud a la aprobación, silencio en los descuerdos, euforia verbal en el halago. Así es como las organizaciones humanas descansan sobre una base rica y son dirigidas por aquellos que poseen virtudes inútiles o fútiles.

Todas esas instituciones se caracterizan por una estructura jerarquía, ya se trate del ejército, de los hospitales o de los salones de peluquería. En todas partes hay generales, presidentes, vicepresidentes, secretarios muy generales, secretarios generales, secretarios generales adjuntos, jefes, subjefes, jefecillos. Nosotros, los gatos, rechazamos cualquier jerarquía. Ni constituimos banda, ni horda, ni pueblo. Reconocemos al león, el más bello de los felinos, la primacia estética, no el derecho de mando. Los hombres le llaman el rey de los animales, pero es un rey sin reino, sin pueblo.

Cualquier jerarquía implica una taxonomía. «Dime como te clasificas y te diré quién eres». Como la taxonomía que aplican los gatos es extremadamente compleja, subyaráte únicamente los grupos socioprofesionales sin entrar en el detalle de las categorías socioprofesionales. 1.º Los retrospectivos son los más desgraciados. Empantañados en sus obsesiones sólo hablan de ellas, fatigan a los demás y se vuelven solitarios, porque una obsesión no puede compararse. 2.º Los prospectivos: evitando el presente por referencia al futuro (al contrario que los anteriores que rodean el presente por referencia al pasado), tienen proyectos, hacen proselitismo, son audaces, a veces temerarios y a menudo ciegos. Les rodean sus discípulos, ya sea su programa político, artístico o clerical. Sus exequias darán lugar a algún tipo de celebración. No morirán solitarios o abandonados. Los más alabados tendrán derecho a que una calle lleve su nombre. 3.º Los anoréxicos: nos gustan bastante porque al estar obsesionados por los alimentos que rechazan preparan para nosotros los platos exquisitos de los que ellos se privan. Como desprecian a los que comen y generalmente cubren su cuerpo con oropeles negros que dicen a quienes con ellos se cruzan «hermanos, tenemos que morir», los demás les evitan y a menudo viven con un gato obeso. Sus amigos, sorprendidos por el exhibicionismo de su dificultad para vivir, tienden a evitarles y son muy solitarios. 4.º A los obesos les tenemos afecto porque tienen los muslos gruesos y apetece dormir sobre su blanda tripa. 5.º Los arribistas, *parvenus*, dominadores y condecorados a los que se puede reunir en una misma clase socioprofesional. Se pasan el tiempo telefoneando, saliendo, recibiendo, viajando. El emblema de la legión de honor, el coche oficial con chófer y teléfono son la prueba de su éxito social. Prefieren los gatos —y los perros— de raza, cuyo pedigrí exhiben con agrado. 6.º Los policías, que se subdividen en guardias de la portía, inspectores, delatores, protectores de viudas y huér-

fanos y torturadores. 7.º Los pitómanos, gente friolera, agunos de los cuales, en la Edad Media, eran miembros de una sociedad reconocida de ferocidad pública que se llamaba Inquisición. 8.º Los ingratos —que por otro lado se hallan repartidos en las demás categorías—, los más despreciables de los cuales van a buscar un gato a la Sociedad Protectora de Animales cuando vuelven de vacaciones para abandonarlo cuando se van en las vacaciones siguientes. 9.º Los posesivos son todos aquellos que comienzan sus frases con un pronombre posesivo: mi mujer, mi marido, mi coche, mis hijos, mis estudiantes, mi psicoanalista, mi gato. El gato manifiesta sin protestar que su posesivo sobra. Se va, anda errabundo sin despirarse y regresa si le conviene.

Siempre nos sorprende en los hombres el partido que saben sacar explotando su vanidad. En los siglos XVI y XVII el rey de Francia no tenía minas de oro como su vecino español, pero tuvo más riquezas que él porque supo obtenerlas de la vanidad de sus vasallos, más inagotable que las minas. Así fue como a la preponderancia española sucedió la preponderancia francesa. Dichoso pues aquel cuya vanidad es tal que mucho se guarda de decir la menor alabanza de sí mismo, porque obrando así no se arriesga a herir la vanidad ajena. Los hombres están hechos de tal modo que sólo perciben el ridículo en los demás. Cuando les veo rampando sobre esta humilde tierra que no es más que un modesto planeta en el universo estelar atreviéndose a proponerse como modelos de la Providencia, no sé cómo conceden tanta extravagancia a tanta pequeñez. Ahora bien, me parece que esta Providencia es admirable en el modo en que ha distribuido la riqueza: si únicamente se la hubiera concedido a la gente de bien no se hubiera diferenciado de la virtud y no se hubiera percibido toda su vanidad. Pero cuando examinamos a toda la gente que está cargada de riqueza, a fuerza de despreciar a los ricos acabo despreciando la riqueza. Ob-

servo a un gran número que se sienten orgullosos y altivos por encontrarse sobre un buen caballo, por tener una pluma en su sombrero, por vestirse suntuosamente. ¿Pero quién no ve esta locura? Porque si algo de gloria hay en eso, es toda para el caballo, para el pájaro y para el sastre. Que se consuelen los hombres diciéndose que la virtud no iría muy lejos si la vanidad no la acompañara.

En cuanto a dar ejemplos de vanidad humana, no falta dónde escoger. La palma se la lleva un hombre muy guapo, fuerte y seguro de sí, a quien el excesivo amor que sentía por su padre llevó al trono. Cambió el nombre de Roma y la denominó Colonia Commodiana, hizo que el Senado le proclamara Dios y le llamara Hércules redivivo. Felizmente para todos aquellos a quienes todavía no había mandado asesinar, fue estrangulado por orden de su amante Marta. El amor tiene sus debilidades.

Menos trágica es esta otra historia, si no de amor, al menos de cama. Un caballero que solicitaba desde hacía tiempo los favores de una dama consiguió al fin pasar con ella una noche tumultuosa. Al amanecer, en lugar de seguir por una vía bien abierta, manifestó tanta inquietud, dándose vueltas de un lado y otro, que la dama le preguntó el motivo de aquella agitación sin penetración, y le contestó: «Es que quisiera levantarme ya para ir a contarlo». Lamento que los hombres no tengan nuestra áspera lengua. Les ayudaría en sus empresas de adulación.

Eva estuvo pasando la noche en casa de Édouard. Muy morena, menuda, con ojos fisgones de perro policía y cola de caballo. Es autora de una tesis, *Metáforas y metonimia en la obra de Jules Janin*, que le valió cierta notoriedad en los medios de los lingüistas y de los retóricos. Convencida de que el determinismo genético es casi absoluto, no deja por ello de incoar un proceso a casi todos, y especialmente al de Édouard,

a causa de la existencia de Emma. («Es muy rica, pero sin verdadera generosidad; era muy guapa, sus diplomas son de poco prestigio, etcétera»). Ahí hay una contradicción que ella ignora.

Preciosa, pero no ridícula, su pasión por la precisión del lenguaje la lleva a negar la existencia de cualquier sinónimo. Un día que Édouard le dijo: «Finalmente, entre nosotros nos entendemos bastante bien», denunció secamente ese paraquema. Édouard respondió que se trataba de una paraquesis y añadió, sonriendo: «Hacia tanto tiempo que lo esperaba». Una noche regresé demasiado pronto. El acto estaba apenas consumado. Tumbada, con las manos detrás de la cabeza, escuchó las cuestiones de Édouard: «Eva, ¿has sido feliz, satisfecha, acariciada como a ti te gusta. Llegada al extremo del placer?. Ella respondió: «Una vez más usted cae en la pericología (le trata de usted)». Édouard replica: «Los voraces han comido y devorado completamente a los coriáceos».

Otra noche, después de proferir sus habituales diatribas contra Emma, dijo:

Enconces, dime

Dónde están vuestros amores más fuertes

O intensos.

Una Eva, una Emma,

Alguna otra, quizás.

Responded,

De verdad.

Sorprendido, Édouard balbució. Eva se echó a reír y como siempre sucede en los momentos de gran ternura le tuteó: «Eres mi acróstico».

Tratado ayer de «lavador de tripas» por Emma y hoy por Eva de acróstico, a Édouard le pareció que eran demasiados insultos para un pobre pintor. Humillado, dijo: «Ya que es así no te contaré la historia de

Simbad el Marino y de Inbad el Tarino y de Jinbad el Jarino y de Whinbad el Wharino y Ninbad el Narino y Finbad el Farino». «Huelga de paragramas», cortó Eva.

Sin duda el lector opinará que soy demasiado severo con los humanoides, ya que los mismos gatos no dejan de merecer algún reproche. Algunos grupúsculos, generalmente marginales y sospechosos, suscitan nuestra simpatía. Así sucede con los alquimistas, representados a menudo en la iconografía humana con un gato a su lado. Aquellos hombres que hablaban de transformar el mercurio en oro no soñaban con quimeras, porque las investigaciones recientes han demostrado que la estructura atómica de esos dos metales son contiguas en la clasificación periódica. Precursores geniales de los modernos magos del átomo, aquellos investigadores que disimulaban su nombre verdadero para trabajar en paz en el más completo anonimato y conocer así la seguridad que procura la indiferencia, no eran vanidosos. Poseían el sentido del tiempo y el genio de la espera, y todos, ya fueran chinos, indios o árabes, todos, como el bueno del Trevisano, hubieran podido confesar no haber descubierto el sentido de corpus tradicional hasta los setenta y tres años aunque hubieran aprendido a leer cuando tenían catorce. Aquellos pensadores que hicieron de la criptografía una exigencia de su arte no eran unos pezones, y la descodificación de las obras de sus pares constituía una prueba iniciática. Aquellos sabios para quienes todo engaña y todo revela, porque para visitar los jardines del recuerdo hay que llamar a la misma puerta hasta desgastarse los nudillos, no eran unos ingenuos. Eran desconfiados porque pensaban como Lao Tsé que quien habla no sabe, y quien sabe no habla. Aquel Alexandre Sehon a quien el Elector de Saxe quiso arrancar mediante la tortura

el misterio de las transmutaciones y que murió guardando celosamente los secretos que las proposiciones de dinero y honores no habían logrado hacerle revelar, no era un co-barde. Aquellos sectarios de un mundo imaginario que soñaban con liberar al espíritu por la materia y a la materia por el espíritu, aspirando a esa iluminación que les revelara la sombra con su presa en un relámpago único, no carecían de esperanza. No le faltaba humor a aquel tal *Althus* (un seudónimo, por supuesto), que publicó en 1677 en La Rochelle un tratado de alquimia titulado *Mimus Liber*, que contenía quince grabados y ni una sola palabra de texto, un libro mudo en el que aquella filosofía hermética era representada —y no explicitada— mediante figuras jeroglíficas.

Suscita igualmente mi simpatía una etnia (*yes* esa la palabra que conviene?) a cuyos miembros se denomina ziganos, calés, sintis, gitanos, etcétera. Se las apañan con la mendicidad, la ratería, la buenaventura, el adiestramiento de animales, el trato de mulas y asnos. Me gusta una leyenda referente a sus orígenes: se dice que descienden de Adán y de una mujer anterior a Eva, lo que justificaría que se vean exentos de la ley del trabajo. Siento alguna afinidad hacia los dandis que se inclinan más hacia la derecha que hacia la izquierda, desprecian el dinero, la jerarquía social y el matrimonio, según ellos la peor de las cautividades. Pesimistas, son hostiles a la reproducción, lo que a menudo les conduce a la homosexualidad. Sin embargo no se observa en ellos el ano en forma de embudo, la boca de través, los dientes muy cortos, los labios espesos, vuellos, deformados por la práctica de la felación, como lo afirmaba el doctor Ambroise Tardieu en 1857. La ética del dandi está bien recogida en una carta de Gustave a Louise: «Odio el rebaño, la norma y el nivel. Seré beduino tanto como os plazca, ciudadano, nunca». Definición que también vale para el gato.

El envejecimiento es el drama —¿la tragedia?— de la raza humana. La mujer reconoce a duras penas en el espejo la imagen que fue suya. La mirada del hombre evita posarse sobre la que fue la Belle Heaulmière. Así son rechazadas, ignoradas, incluso enviadas al gueto las seductoras de antaño, obligadas a vivir con sus recuerdos, que sólo les interesan a ellas mismas. En cuanto a los hombres, cuando se inclinan, se hacen pequeños y se redondean, se cae el cabello, amarillean sus dientes, se debilita su memoria, el discurso se convierte en repetitivo y nostálgico, y el ardor es excepcional salvo que se recurra a la medicina o a la imaginación. Pierre de Bourdellies, señor de Brantôme, nos habla de ese gran príncipe que quería parecerse al león, que aunque envejezca no encanece nunca; al mono, que cuanto más lo hace, más quiere hacerlo; al perro, que cuanto más viejo se hace, más gorda se le pone; al ciervo, que cuanto más envejece mejor lo hace, y las jóvenes cervatillas van más a él que a los ciervos jóvenes. Y Cayo Julio César, que sin embargo no tenía sesenta años, dice: «Sólo la fatiga me recompensa por mis esfuerzos. Mi vida incluso ha dejado de estar dominada por el odio hacia mis rivales. Mi sexo ha envejecido y sólo emite algunas gotras fastidiosas. Todo lo que hago desemboca sobre la nada o la grandeza del espacio. Es como si me rodeara un abismo. Si contemplo detenidamente a los que me agradan, leo el miedo en sus ojos». El anciano se convierte en historiador de su propia vida. Finge creer en la coherencia de su propia existencia y da consejos que nadie escucha. Hace molinillos con las fechas y le encantan sus propios cuchicheos.

En medio de ese desastre surge en algunos una reacción espectacular: el amor del poder, de la dominación, la elaboración de una estrategia del éxito social fundado en la experiencia. Lo que explica que la mayoría de los hombres políticos, principalmente los jefes de Estado, todos, o

casi todos, son ancianos. La jubilación es para los demás. El viejo se monarquiza y si su cerebro ha permanecido más o menos intacto, es tal su experiencia en el manejo de los rencores, odios y ambiciones frustradas (pero tanto más agudas), que adquiere —¿o conquista?— sobre el podio político una estatura inesperada. Así, los hombres que a los sesenta y cinco años parecían destinados a un retiro definitivo o a una muerte cercana encuentran nuevo aliento y pueden —durante una década y a veces más— ejercer la ilusión de su poder.

Nosotros los gatos envejecemos con mayor discreción. Nuestro cuerpo cambia poco: pelo menos brillante, respuesta menos ágil, sueño más paradójico, pero persistentes en nuestro porte. Cuando llega la hora buscamos un lugar secreto para desaparecer progresivamente sin avisar a la televisión. Mirándolo bien, la vida transcurre obrando mal, y una buena parte no haciendo nada, y en resumen toda la vida haciendo otra cosa que lo que habría que hacer.